

# Roma y Constantinopla: El papa y la autoridad imperial en Italia (701-751)<sup>1</sup>

## Rome and Constantinople: The pope and imperial Authority in Italy (701-751)

### Sebastián Jerez-Domínguez

Licenciado en Historia y profesor de Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Profesor de Historia en Colegio Adventista Buenaventura. Lo Espejo, Chile

Correo electrónico: sebastian22jerez@gmail.com.

ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0000-8463-7575>

**Recibido:** 12.03.2024 - **Aceptado:** 02.08.2024

**Resumen:** En el presente estudio abordaremos las relaciones entre el Papado y el Imperio romano de oriente durante la primera mitad del siglo VIII bajo la siguiente premisa: Los pontífices actuaron como los principales articuladores del poder imperial en Italia durante esos años. Para un análisis completo de nuestro tema, abordaremos la situación sombría del imperio, la consecuente debilidad de los emperadores, la fragmentación política de la península itálica, y, principalmente, los encuentros y desencuentros entre pontífices y emperadores. Nos centraremos en el análisis de las distintas fuentes que disponemos, las cuales a nuestro juicio,

---

<sup>1</sup> El presente estudio es producto del seminario de investigación dictado por el profesor Dr. José Marín Riveros en el Instituto de Historia UC durante el año 2020.

muestran a los papas no solo manteniendo la autoridad del imperio, sino que aún actuando como funcionarios imperiales.

**Palabras claves:** Imperio – papado – autoridad – exarcado – Italia.

**Abstract:** In this research we will address the relationships between the papacy and the Eastern Roman Empire during the first half of the VIII century. We are going to defend the next affirmation: Popes acted as the main articulators of imperial power in Italy during these years. For a complete analysis about our topic, we will attend the dark situation of the empire, the weaknesses of different emperors, the political fragmentation of italian peninsula, and mostly, encounters and hostilities between pontiffs and emperors. We will focus in the analysis of the sources at our disposal, wich on our opinion demonstrate that popes acted as imperial officials in political sphere.

**Keywords:** Empire – papacy – authority – authority – exarchate – Italy.

## Introducción

Hacia la primera mitad del siglo VIII, la antigua ecúmene romana se encontraba francamente fragmentada. El imperio, que aún existía con capital en Constantinopla, estaba en una crisis profunda, con sus frentes desbordados ante amenazas externas, principalmente provenientes de árabes y búlgaros. La cohesión interna era igualmente problemática, puesto que las políticas religiosas que venían adoptando algunos emperadores desde el siglo VII levantaron varios detractores. La región donde esta problemática causó mayores repercusiones fue Italia, particularmente el Exarcado de Rávena, donde la oposición a las políticas imperiales contribuyó en el corto y mediano plazo a la separación de esta zona del resto del imperio. Dentro de este proceso, los pontífices fueron una figura central debido a su rol en la canalización del descontento, particularmente de la nobleza romana.

Así pues, el escenario para el emperador era bastante sombrío en Italia, puesto que su autoridad se vio seriamente debilitada por las circunstancias, tanto particulares del exarcado como en general de un imperio profundamente debilitado.

¿Cómo debieron obrar los emperadores para mantener Italia dentro del imperio? La respuesta a esta interrogante es compleja y multidimensional, por lo cual en el presente estudio pretendemos abordar la mayor cantidad de consideraciones que el espacio permita: situación general de Italia, debilidad del imperio, la perspectiva imperial y situación del Papado, para finalmente analizar la relación entre los papas y la autoridad imperial. Nosotros pretendemos establecer un matiz con tesis que colocan a los pontífices emancipando deliberadamente esta región del imperio, las cuales parecen ser más influyentes, otorgando así una nueva perspectiva al estudio de la institución pontificia en su relación con Rávena y Constantinopla durante este periodo. Ante esto, nuestra tesis consiste en lo siguiente: Los pontífices romanos no independizaron Italia central del imperio antes del 751, sino que cumplieron un rol primordial en la mantención de la autoridad imperial en los territorios del exarcado durante la primera mitad del siglo VIII, siendo más importantes que el exarca dentro de la ejecución de dicha tarea.

Con respecto a autores que han trabajado este tema, uno de los estudios más relevantes es del historiador de la iglesia Thomas Noble, quien sostiene que hacia fines del siglo VII y principios del VIII una serie de papas cultos, actuando en concordancia con la nobleza romana, deliberadamente emanciparon Italia central del control del Imperio bizantino, fundando un estado autónomo: La República de San Pedro (Noble, 1984). Este trabajo publicado en 1984 lideró de alguna manera los estudios de esta problemática, debiendo los autores posteriores posicionarse respecto a dicho planteamiento. A pesar de la consistencia de su tesis, no fue el primero en proponer algo similar. Tempranamente, David Harry Miller había notado la creciente autonomía que los papas habían ganado en el siglo

VIII, solo que dicha alusión ocupa un lugar secundario en su argumento basado en las relaciones entre lombardos y papado (Harry Miller, 1969). Existía además como precedente el trabajo de Jan Hallebeck, especialista en historia de Italia, quien vuelve a mencionar la autonomía que fueron ganando los pontífices del momento, pero recalca bajo perspectiva lombarda al papa como funcionario imperial, el más importante para el gobierno de la ciudad de Roma, quien paralelamente fue visto como líder natural de los italianos (Hallenbeck, 1982). Otro estudio de esta fecha es del historiador clásico Truesdell Sparhawk Brown, quien da cuenta de un *status quo* cómodo en que habrían estado las provincias italianas antes que el imperio intentara hacer efectiva su autoridad en la década del 720 de una forma poco afortunada, cuando los problemas estallan debido a impuestos excesivos y políticas religiosas incongruentes con la religiosidad de los habitantes del exarcado (Brown, 1984).

Hacia el año 2000 reconocemos particularmente el planteamiento de Warren Treadgold, dada la complementariedad con nuestra tesis al plantear sobre este asunto que el papado siempre se mantuvo fiel a Bizancio hasta 751, entre otros motivos por no existir otro poder político al cuál pedir ayuda frente a la arremetida de los lombardos (Treadgold, 1997). En contraste tenemos el trabajo de Robert Grant centrado en los lombardos del rey Liutprando, quien luego de mencionar las dificultades que tuvo el imperio en ejercer su autoridad sobre el papa hacia fines del siglo VII reafirma la tesis de Noble, fechando la separación de la república del papa entre los años 729 y 733 (Grant, 1997). Una línea diferente sigue el historiador y abogado Andrew Ekonomou, quien sostiene que hacia fines del siglo VII y principios del VIII la lealtad de los papas al imperio no estaba condicionada a recibir grandes concesiones, ni siquiera a la ortodoxia de los emperadores, sino que solamente el favor imperial, razón por la cual los papas orientales (hasta Zacarías en 751) se mantuvieron políticamente fieles a Constantinopla (Ekonomou, 2000), con lo cual sigue una línea similar de Treadgold y la defendida por nosotros.



Finalmente, hacia la década de 2010 consideramos relevante el estudio sobre la ciudad de Rávena en el siglo VIII de la medievalista Nicole López-Jantzen, cuyo planteamiento sobre este tema puede resumirse así: A principios de las invasiones lombardas la autoridad bizantina en Italia era incuestionable, donde exarcas como Olimpio gozaban de gran poder, lo cual Imperio bizantino se diluye a medida que se va entrando en el siglo VIII (López-Jantzen, 2012). Importante es también el trabajo de la estudiosa de los carolingios Rosamond Mckitterick, centrado en el análisis del *Liber pontificalis*, quien concluye manifestando un cambio de perspectiva adoptada en la narración de las vidas de los papas de principios del siglo VIII, reorientadas a mirar el imperio como un rival (Mckitterick, 2016).

### **Italia a comienzos del siglo VIII**

Comenzaremos caracterizando algunos procesos de la época. Dentro de los cambios de la antigüedad tardía, destaca el fortalecimiento de los obispos en importancia política y administrativa, lo que se manifestó con fuerza en Italia, donde adquirieron una relevancia social y política aún mayor que en otras regiones como Hispania o la Galia (Izbeski, 2012). Sobre esto, destaca el ascenso del obispo de Roma como figura tanto política como social. Según el historiador de la tardoantigüedad Adam Izbedski, las vicisitudes ocurridas en la región, específicamente las guerras gótica y lombarda ocurridas en el siglo VI, forzaron a los papas de la época a tomar mando civil (utilización de prácticas diplomáticas), social (organización de alimentación para los necesitados) e incluso militar (Izbeski, 2012).

En este contexto, el imperio vuelve a Italia gracias al proyecto de reconquista de Justiniano (527-565), donde se logra ocupar la totalidad de la península hacia el 554. Apenas tres años después de la muerte del emperador irrumpe el pueblo lombardo, adquiriendo gran parte del norte

de la península e instalando los ducados de Spoleto y Benevento al sur de Rávena, lo cual partió en dos los territorios italianos que dependían de Constantinopla. Es importante considerar la situación general del imperio, pues uno de los factores que pudo haber motivado a los lombardos a actuar fueron los conflictos del frente oriental con Persia, lo que impedía responder con la contundencia necesaria ante los nuevos invasores (Hallenbeck, 1982). Relacionando el problema lombardo con nuestro tema de investigación, es importante rescatar como antecedente el planteamiento de Hallenbeck sobre la importante función del papa Gregorio Magno (590-604), quien fue visto por los recién llegados como funcionario imperial, llegando incluso a pactar la paz con los lombardos luego que el exarca se mostrara incompetente (Hallenbeck, 1982).

En lo que formalmente era la administración imperial entre los siglos VI y VIII, esta correspondía al exarca, representante directo del emperador que tenía a su cargo la administración civil y militar. A su vez, buena parte del poder local quedó en manos de la nueva élite formada durante la antigüedad tardía y los primeros siglos de la edad media (Izbeski, 2012). Sobre las comunicaciones dentro del exarcado, importante era la vía Flaminia para comunicar Roma y Rávena, las dos ciudades más importantes, por lo que se construye después la Vía Amerina, ambas atacadas periódicamente por los lombardos (Hallenbeck, 1982). Con respecto a las relaciones con la iglesia, el exarca -en tanto representante directo del emperador- tenía el poder para sacar obispos y proponer candidatos para el papado. A este entramado de poder debemos sumar que la iglesia de Rávena había desarrollado estrechos lazos con los exarcas, al menos durante el siglo VII (Ortemberg, 2016). Un último elemento importante son los duques, quienes administraban distintas subregiones (como Roma) y estaban jerárquicamente sometidos al exarca (López-Jantzen, 2012).

Una última variable que mencionaremos son las políticas religiosas tomadas desde Constantinopla y sus repercusiones en las provincias occidentales. Consideremos que desde la reconquista de Justiniano los emperadores

ejercieron un fuerte control sobre los papas, donde según Luis Rojas Donat: “*La sumisión de los obispos romanos será total, alcanzando no solamente su nombramiento sino también el control de su ortodoxia*” (Rojas Donat, 2006). Un ejemplo práctico lo otorga el emperador Constante II, quien visitó Italia hacia el 661-662. En dicha ocasión, permitió a sus tropas saquear la ciudad de Roma, probablemente para financiar la guerra contra los árabes, gesto que según Panagiotis Antonopoulos representaba la superioridad del poder imperial frente a una autoridad local como el Papa (Antonopoulos, 2012). En este contexto, se desarrollaron diferencias doctrinales entre Constantinopla y la sede romana, donde emperadores como Heraclio (610-641) o el propio Constante II patrocinaron el monotelismo<sup>2</sup>, el cual no era aceptado por los papas como parte de la ortodoxia<sup>3</sup>. Ahora bien, es destacable que las relaciones entre ambas partes mejoraron considerablemente hacia el 681, mientras Constantino IV era emperador, año en que condenó el monotelismo dentro del sexto concilio ecuménico celebrado en Constantinopla. Sobre esto, Andrew Ekonomou señala que “Las dos partes del *imperium romanum christianum* emergieron del sexto concilio ecuménico más unidas que nunca antes” (Ekonomou, 2000). Sin embargo, de esta aparente armonía no tardarían en surgir nuevas tensiones, las cuales vendrían con el imperio de Justiniano II (685-695, 705-711), principal artífice del concilio quinisexto afín a la liturgia oriental, mas no a la latina, al cual el papa se rehúsa en reiteradas ocasiones a firmar sus cánones. A esto debemos sumar la posterior ascensión del emperador monotelista Filípico Bardanes en el 711 (Ekonomou, 2000; Noble, 1984; Humphreys,

---

<sup>2</sup> Doctrina que considera que Cristo posee dos naturalezas (divina y humana), pero solamente tiene una voluntad divina.

<sup>3</sup> Este rechazo se puede ver, por ejemplo, con el ascenso de Filípico Bardanes, cuya efigie y monedas no son aceptadas por su doctrina monotelista: Pablo Diácono (Hist Langobardorum VI, 34), Liber Pontificalis (LP, 90,10-11).

2015), situación que erosionó aún más las relaciones entre el Imperio y la institución pontificia.

Tal era a grandes rasgos el escenario en que León III recibe el imperio el 717, vale decir, con fronteras desbordadas, una Italia políticamente fragmentada y antecedentes de importantes diferencias doctrinales con la iglesia romana y occidente en general. Ahora, lo que respecta únicamente a la península itálica, podemos afirmar que se originó un triángulo con la siguiente composición: La Iglesia romana, el Imperio bizantino a través de la institución del exarcado con sede en Rávena y -finalmente- el reino lombardo. Así pues, dentro de este escenario y como veremos más adelante, la política pontificia osciló sin desprenderse de la estructura imperial de acuerdo a las vicisitudes del momento, siendo por un lado amenazada por las hostilidades de los lombardos y, por otra parte, manteniendo serias diferencias con las políticas religiosas y doctrinales provenientes desde Constantinopla.

### **El debilitamiento de la autoridad imperial**

Si hay algo reconocemos a la tesis de Noble es que hubo un acentuado debilitamiento de la autoridad imperial en los territorios del exarcado durante la primera mitad del siglo VIII, siendo esto un elemento a considerar para entender por qué fueron los pontífices quienes terminaron manteniendo la autoridad del imperio. Para estudiar este proceso la mejor fuente es el *liber pontificalis*, compuesto por diversos autores que se encargaron de recopilar las vidas de los papas, donde quedaron en evidencia las dificultades que tuvo el imperio para ejercer su autoridad. Si señalamos solamente la vida del pontífice Gregorio II (715-731), nos encontramos —por ejemplo— con la oposición de los habitantes de Roma a los intentos del exarca de matar al papa (LP, 91,14-16), el fracaso de los planes diplomáticos del exarca

Eutiquio de aliarse con el rey lombardo Liutprando en contra del papa y los duques respectivamente (LP, 91,22), o los intentos de usurpación del exarcado de un tal Tiberio renombrado como Petasio (LP, 91,23). El primer acontecimiento mencionado se enmarca en el aumento de impuestos por parte del emperador entre el 722 y el 725, a lo que el papa se rehúsa y luego retiene los dineros, episodio registrado también por Pablo Diácono (Hist. Langobardorum VI,49). La alianza entre el exarcado y el reino lombardo ocurrió al comienzo del mandato del exarca Eutiquio (727-751), colocándola hacia fines de la década del 720 y principios del 730. Sobre la usurpación, el párrafo que refiere a ella puede deberse a una inserción que se le hizo al texto en su segunda revisión 25 años después de haberse escrito, pero de todas formas representa la debilidad del poder del emperador durante este periodo en Italia, situación que era percibida por los contemporáneos<sup>4</sup>. Así pues, si analizamos todos estos elementos en conjunto nos percatamos que efectivamente el poder del imperio perdió vigor en la zona, puesto que constituyeron amenazas directas a su línea de flotación (la figura del exarca), las cuáles además se sucedieron en un corto periodo de tiempo. Sin embargo, es necesario establecer ciertos matices respecto a la naturaleza de cada uno. En primer lugar, la reacción de los habitantes de Roma ante el intento de asesinato del papa es totalmente natural, dada la ya mencionada importancia de los obispos del periodo (particularmente el de Roma) en la población local (Izbeski, 2012), lo que nos da a entender que incluso un poder político más robusto hubiera despertado la misma reacción ante dicha situación. Por otra parte, el fracaso de los movimientos diplomáticos de Eutiquio corresponde a una reacción esperable, en tanto se estaba relacionando con un poder político por lo menos equivalente (Reino lombardo), el cual tenía —probablemente— un mayor poder de negociación. Además, es necesario mencionar que la usurpación —atendiendo al

---

<sup>4</sup> En base a las notas del editor.

tercer punto mencionado— era una práctica difundida durante el periodo, incluso a nivel imperial, por lo cuál la existencia de un usurpador no debe haber sido particularmente problemática.

Como mencionamos previamente, estos acontecimientos registrados dentro del *Liber pontificalis* ocurrieron con apenas unos años de separación. Además de esto, es necesario que integremos a la ecuación la oposición del papa a las políticas religiosas iconoclastas del emperador León III, donde Gregorio II incluso se habría armado contra el emperador como un enemigo, denunciando la herejía y escribiendo a los cristianos para estar atentos contra dicha “impiedad” (LP, 91,17). Lo cierto es que tales políticas difícilmente hubieran podido aplicarse en Italia, en primer lugar por la ya explicada erosión del poder imperial en la zona, y en segundo lugar por el apego característico de la iglesia romana a la ortodoxia cristiana. Ante tal situación, el *liber pontificalis* señala lo siguiente: “Una vez que la debilidad del emperador se hizo conocida, toda Italia adoptó un plan: escogerían por ellos mismos un emperador” (LP, 91,17). Así pues, dada la abundancia de este tipo de testimonios, resulta claro que la debilidad de la autoridad imperial en la zona era una situación generalizada por estas fechas. Además, es importante señalar que lo anterior se enmarca en procesos generales de debilitamiento del imperio en diversos frentes, situación que se comenzó a acentuar durante el siglo anterior por la pérdida de importantes territorios como Siria, Palestina, Egipto y el norte de África a manos de los musulmanes. Ahora bien, aún más relevante para nuestro estudio es considerar la situación de los Balcanes. Sobre esto, describe Warren Treadgold la invasión de los búlgaros a dicha región habitada principalmente por poblaciones eslavas y el infructuoso intento de Constantino IV a finales del siglo VII por detenerlos, el cuál terminó con un deshonroso trato donde el Imperio bizantino acordó un pago de tributo anual a los recién llegados (Treadgold, 1997). De esta forma, nos encontramos con que la proyección de la autoridad del emperador en Italia se erosionó aún más al considerar el aislamiento de esta zona debido a la precaria situación balcánica. Así pues,



este es uno de los motivos que explica el fracaso de la implementación de la destrucción de íconos religiosos en los territorios del exarcado, dejando al desnudo la precaria situación del poder del imperio en la zona.

Como hemos visto en los testimonios, la debilidad del emperador tuvo consecuencias prácticas, entre las que encontramos el desacato frente a las políticas iconoclastas. En cierta forma, Hallembek da cuenta de ello al mencionar que el imperio perdió poder en las milicias italianas, por lo cual sus habitantes escogieron sus propios líderes y el imperio debió recurrir a la diplomacia (Hallenbeck, 1982). Así mismo, tal situación está relacionada con el antagonismo que progresivamente fue ganando el imperio en la población local por políticas hostiles hacia los papas (como Martín, Sergio I y Gregorio II), cuya contraproducencia quedó manifiesta cuando paralelamente no se pudo hacer efectiva la autoridad del emperador en dichos casos (Brown, 1984).

De todas formas, las disputas dogmáticas constituyeron el proceso más importante asociado a la debilidad del imperio en Italia, de hecho, McKitterick señala que fue precisamente esto lo que socavó la posición del emperador en la península (Mckitterick, 2016). En contraste, mientras los *basileus* desde Constantinopla promovieron doctrinas como el monotelismo y posteriormente la iconoclasia, los papas en Roma fortalecieron cada vez más su poder efectivo en la zona, apoyados —fundamentalmente— en la población local fiel a la ortodoxia cristiana. Sobre esto, Hallembek cree que los papas comenzaron a ver la administración del ducado de Roma no como un asunto imperial, sino propio (Hallenbeck, 1982). Esta situación se entiende si consideramos la importancia del cristianismo para estas sociedades, solo por citar un ejemplo, el historiador chileno Roberto Soto menciona que, si en la antigüedad el ser humano era un *zoon politikón*, en el periodo que nos interesa el ciudadano promedio del imperio, quien ve en su soberano el representante de Dios para los asuntos políticos, es un *zoon theologikón* o un *zoon ekklisiastikón*: todo estaba empapado de sacralidad (Soto, 2013). Tomando esto en cuenta, podemos dimensionar mejor la

razón por la que asuntos doctrinales tuvieron a la vez efectos políticos tan profundos como ayudar en la erosión de la autoridad imperial.

Terminaremos este apartado analizando las obras de construcción en iglesias italianas. Tras la muerte del papa Gregorio II en el 731, asume Gregorio III (731-741), quien según el *liber pontificalis* realizó múltiples ornamentaciones de diversas iglesias. Dentro de esta labor, adornó una imagen de la Virgen María en la Basílica de San Pedro (LP, 92,22), en la Iglesia de la Santa madre de Dios colocó una imagen de la virgen con el niño en brazos (LP,92,7-8), en la Basílica de nuestro salvador restauró la vieja imagen de la Virgen María y colocó una imagen de San Andrés (LP,92,10-11). Es importante destacar que mientras se llevaban a cabo estas obras se estaba en la etapa más álgida de la querrela iconoclasta, evidenciando que en el ducado de Roma los mandatos del emperador no tuvieron efecto, al menos sobre esta materia. Es más, el propio exarca Eutiquio, representante directo del emperador, regaló a Gregorio III unas columnas, posiblemente hacia el 738, las cuales fueron adornadas con íconos religiosos por el pontífice (LP,92,5). Así pues, lo anterior puede ser considerado como una demostración de autonomía de los poderes locales, permitiéndonos caracterizar la autoridad del emperador como francamente debilitada. Sin embargo, nuevamente es necesario establecer ciertos matices, puesto que este desacato fue sobre un ámbito específico como lo era la política religiosa, del cuál la figura pontifica no se podía desprender. Así pues, como veremos más adelante, este debilitamiento no quiere decir que el mandato del imperio haya cesado en el exarcado.

### **La perspectiva del imperio**

Hasta el momento hemos analizado nuestro tema con fuentes latinas: Pablo Diácono y principalmente el *liber pontificalis*. Ahora bien, ¿Qué

pasa con las fuentes bizantinas? Resulta que paralelo al declive generalizado del imperio, la escritura histórica también cesó. La historiadora Catalina Balmaceda señala: “En general se puede decir que, salvo el silencio de los siglos VII y gran parte del VIII, en Bizancio se escribió mucha historia” (Balmaceda, 2013). Así pues, dentro de la rica tradición historiográfica bizantina no contamos con fuentes contemporáneas a los hechos que nos convocan. Los primeros escritos que tenemos a nuestra disposición son los del Patriarca Nicéforo y Teófanos, quienes escriben a principios del siglo IX. Así pues, es nuestro deber historiográfico determinar en qué medida dichos textos recogen el ambiente que se vivía en el imperio hacia la primera mitad del siglo VIII, con esta finalidad dimensionar la mirada que pudo tener el imperio sobre el asunto.

Es importante notar que tanto Nicéforo como Teófanos, el primero como patriarca y el segundo como monje, fueron expulsados de sus funciones eclesiásticas debido a su oposición a una iconoclasia revitalizada hacia el año 815. Este es un sesgo importante de estos autores, quienes desde una posición iconódula, desarrollaron su carrera mientras el debate respecto al uso de las imágenes en la liturgia se encontraba en un punto álgido. Así pues, ambos escribieron sus textos a principios del siglo IX y desde el corazón del imperio, vale decir, Constantinopla y los lugares cercanos (Mango y Scott, 1997).

Ambos escritores mencionados tratan dentro de sus crónicas la primera mitad del siglo VIII. Queda entonces la pregunta ¿Qué dicen sobre los sucesos ocurridos Italia? Si comparamos la cantidad de información que aportan respecto al resto del Imperio, particularmente de Constantinopla, la información referente a la península itálica es bastante escueta. Mencionaremos por ejemplo la narración que hace Nicéforo respecto a la coronación por parte de los habitantes de Sicilia de su propio emperador, un tal Tiberio, ocurrida hacia el 718. Dice la narración que en dicha ocasión el emperador envía a Pablo, quien en un futuro fue exarca de Rávena, para poner orden a la situación (Nicéforo, Hist, 55), mención que resulta

curiosa, dado que luego no es nombrado cuando cumplía dicha función. Sobre el mismo episodio, Teófanos menciona que una vez concluido hubo paz en las provincias occidentales (Teófanos, Ch, 399), lo que también llama la atención si consideramos la situación convulsionada que vivía el exarcado, la cual fue descrita en el apartado anterior. De esto se desprende un desinterés del imperio por lo que ocurre en Italia central y Rávena, donde provincias como Sicilia y el Ducado de Calabria eran mucho más importantes. Sin embargo, Teófanos si menciona una supuesta secesión en Italia hacia el 740, lo cual creemos no se debe a antecedentes concretos que tuvo el autor sobre el asunto, sino que a un intento de denostar el gobierno del emperador Constantino V (741-775) por la crudeza de sus políticas iconoclastas (Teófanos, Ch,413).

Continuando con los ejemplos, Nicéforo no menciona la retención de impuestos en los territorios italianos, algo que si enfatiza el *liber pontificalis* (LP, 91,16). Por su parte, Teófanos trata de forma imprecisa este tema, pues menciona que el papa retuvo los impuestos producto de las órdenes iconoclastas, siendo en realidad esto ocurrió antes (Teófanos,Ch,404). Otro de los errores del monje es confundir los periodos de Gregorio II y Gregorio III como un solo pontificado (Mango y Scott, 1997), sin embargo, se nota que el papa era una figura de consideración, pues usa los años de pontificado como referencia temporal. En suma, dichas imprecisiones muestran que los autores, o no tenían información adecuada para tratar estos episodios trascendentales para el acontecer del exarcado, o simplemente no los consideraban importantes dentro de la historia del imperio. De todas formas, ambas opciones se pueden explicar por ser una provincia mal integrada a la estructura imperial. Esta observación se establece haciendo una relación entre los registros que debieron disponer ambos a principios del siglo IX y la época que en el presente artículo estamos tratando, bajo la premisa de que esto refleja —bajo una óptica constantinopolitana— la situación de distintas zonas del imperio durante épocas anteriores. Dicho de otra manera, si durante la primera mitad del siglo VIII el exarcado no

era importante para el imperio, difícilmente los escritores aquí tratados hubieran podido desarrollar una narración exhaustiva.

Ahora bien, podemos decir que hay otras razones que explican las imprecisiones de los autores bizantinos. Primero está la distancia temporal, pues escriben hacia principios del siglo IX, prácticamente cien años después de la época que estamos tratando, entendiéndose que los testimonios usados no hayan llegado íntegros. También existía lejanía espacial, dado que más de 1300 kilómetros separan Constantinopla de Roma, lo que puede explicar que Nicéforo y Teófanos no hayan manejado todos los detalles de lo que ocurría en Italia. Siguiendo la misma línea, la dificultad de las comunicaciones agravaba el problema, pues, por un lado, la ruta terrestre debía pasar necesariamente por los Balcanes, lugar donde se habían instalado pueblos como los eslavos y búlgaros<sup>5</sup>; y por otro, la ruta marítima era igualmente difícil, puesto que el mediterráneo era dominado por los musulmanes (Brown, 1984). Aún con todas las variables antes expuestas, es una opción totalmente razonable explicar esto a través de un desinterés por los asuntos italianos que se hereda de la época anterior, quedando plasmado en dichos escritos. Esto cobra aún más fuerza si consideramos que diversos autores han propuesto que el imperio se desligó de lo que sucedía en dicha zona (Ejemplo: Mellen, 2009). Así pues, esto es otro factor que explica el debilitamiento de la autoridad imperial en las posiciones occidentales y la necesidad de recurrir a figuras poco ortodoxas para mantener lo que quedaba de mandato en el exarcado, vacío que el papa llenaba a la perfección.

---

<sup>5</sup> Sobre esto, revisar el apartado anterior.

## **El papado durante la primera mitad del siglo VIII**

Ciertamente ya algo hemos adelantado respecto a la situación del papado en la primera mitad del siglo VIII. Además, es necesario agregar que salvo Gregorio II (715-731), todos los papas fueron de origen griego. Relacionado con esto, Andrew Ekonomou muestra mediante un análisis de nombres populares en la ciudad de Roma, particularmente entre los clérigos, que hubo un cambio en la composición étnica de la ciudad hacia una mayoría de personas de origen oriental. Es más, menciona el autor que esta fue una de las razones por la cual el emperador Constantino IV (668-685) eliminó la confirmación imperial para la elección del papa (Ekonomou, 2000). Lo anterior muestra que los pontífices, aparte de ser técnicamente funcionarios imperiales, étnicamente estaban relacionados con el corazón del imperio. Además, esto era una variable que no era irrelevante para los emperadores, siendo una posible razón la utilidad que podría tener para la gobernanza de las provincias occidentales la existencia de papas afines culturalmente a oriente.

Sobre lo netamente eclesiástico, resulta destacable que la iglesia de Rávena estaba bajo jurisdicción del papado. Sin embargo, por intervención de la autoridad imperial ello no fue siempre así: antes de Justiniano también estaba bajo jurisdicción de Roma, pero dicho emperador nombró un obispo en ella, separándola de la jurisdicción romana y quedando la iglesia de Rávena independiente, como la de Constantinopla, solo que ambas debían aceptar la preeminencia del papa. Ahora bien, la situación cambia con la llegada al trono de Constantino IV, quien vuelve a colocar Rávena bajo jurisdicción pontificia, probablemente dentro de sus intentos por conciliarse con la iglesia occidental (Ortenberg, 2016). Así pues, nos encontramos con que entrando al siglo VIII el poder del papa aumentó, al menos en lo que a competencias eclesiásticas refiere.



Más importante es considerar el crecimiento de poder que tuvieron los pontífices en ámbitos que van más allá de lo eclesiástico. Dicha influencia de los papas se desarrolló en la esfera local, donde los clérigos compartían varios valores con la nueva élite militar que se había desarrollado durante los siglos VII y VIII (Brown, 1984). Son estas mismas personas las que según Hallemebeck, ven hacia la década del 720 un líder natural en el papa contra la “intervención extranjera” del imperio (concepto del autor) durante la revuelta italiana contra León III (Hallenbeck, 1982). Ante esto, es de entender que el interés mayoritario de los pontífices haya estado volcado al ámbito local. Sobre esto, la historiadora rusa María Grafova señala que la principal preocupación de los papas, independiente de su lugar de procedencia, era la ciudad de Roma, lo cual implicaba mantener relaciones con el imperio incluso durante la querrela iconoclasta (Grafova, 2016). Dicho esto, un elemento que se desprende de lo anterior es que una vocación mayoritaria por los asuntos italianos de parte de los pontífices no implicaba necesariamente que estos quisieran separarse de la estructura imperial. Más aún, el crecimiento de la influencia del papa en otras esferas otorgaba al emperador la posibilidad de proyectar su poder a través de su figura, sobre todo en este contexto de crisis generalizada y debilitamiento de las rutas de comunicación existentes.

### **Un papa comprometido y un emperador desinteresado: ¿Cómo se articulaba la autoridad?**

Queda claro que por distintos motivos los emperadores no podían prestar suficiente atención a Italia, pues dentro de este contexto sombrío para la supervivencia del imperio las provincias occidentales eran periféricas. En vez de preocuparse por el lejano exarcado, desde Constantinopla los emperadores deben reorientar el imperio hacia las nuevas circunstancias provenientes de las invasiones de eslavos, búlgaros y árabes

que acechaban las murallas de la capital. Como una forma de enfrentar la crisis —tanto externa como interna— es menester mencionar las reformas realizadas durante el reinado de León III, las que según el historiador del derecho Michael Humpreys se orientaron a simplificar la administración, teniendo en cuenta los tiempos turbulentos que se vivían. Resulta importante el nuevo cuerpo legal, la *ecloga*, que responde a la necesidad de acomodarse a una época marcada por la decadencia de las ciudades y capacidad de los tribunales de administrar la ley, reimaginando lo que es la ley, la sociedad en que esta opera y el rol del emperador hacia ambos. Destaca también la dotación de características divinas a la labor legislativa y asociación de la ley con los emperadores, transformándolos en la fuente terrenal de la ley (Humpreys, 2015). Este tipo de medidas se enmarcan en lo que el bizantinista John Haldon plantea como un complejo proceso de cambios que dieron origen a la sociedad bizantina medieval, los cuáles se desarrollaron en el ámbito cultural, sistemas de relaciones de poder y los mecanismos de distribución de recursos (Haldon, 2011). Con esto, en primer lugar podremos notar que, los territorios italianos —alejados geográfica y culturalmente— podrían chocar con la nueva coherencia que se estaba intentando otorgar al imperio; en segundo lugar, la concepción de la ley y el poder imperial que se estaba desarrollando daba el espacio para que en el ejercicio de la autoridad imperial se lleven a cabo políticas como la iconoclasia y en menor medida el alza de impuestos. Sin embargo, es importante destacar que esta intromisión del emperador en asuntos doctrinales era una anomalía dentro de lo que es la historia del imperio sobre estos asuntos. Según el medievalista francés Gilbert Dagron, el cesaropapismo es un concepto que no opera para el caso bizantino, puesto que el llamado “sacerdocio” que ejercían los emperadores era en un sentido metafórico que apuntaba al sacrificio que ejercía el soberano por la humanidad (Dagron, 2007). Sobre esto y bajo la interpretación de Roberto Soto, se podría decir que el emperador ejerce el poder como un verdadero sacerdote, sin llegar a serlo nominalmente (Soto, 2013).

Hubo un posible intercambio epistolar entre León III y Gregorio II sobre el asunto, del cual no existe consenso entre los académicos si tales cartas son auténticas. En base a lo dicho por Thomas Noble, el pontífice habría escrito al emperador condenando la iconoclasia, a lo que habría respondido diciendo “yo soy emperador y sacerdote”, replicando Gregorio que sacerdotes y gobernantes son funciones distintas y cada uno debía permanecer dentro de su propia esfera (Noble, 1984). Luis Rojas Donat, medievalista chileno que considera auténticas una de estas cartas, cita una respuesta del papa en donde queda manifiesta su disconformidad:

*“Nos entristece ver que, si los pueblos salvajes y bárbaros han accedido a la civilización, tú, el civilizado les devuelves a la barbarie y a la violencia. Todo el occidente entrega al santo jefe de los apóstoles el fruto de su fe, y tu envías soldados a destrozar la imagen de San Pedro... (Citado por Rojas Donat, 2006, quien cita de Riché, 1983)”*.

En su calidad de funcionario imperial, y a la vez defensor de la fe ortodoxa, el papa se vio en una situación complicada. Sobre esto, Noble dice: “El dilema de Gregorio era que estaba pidiendo apoyo a un régimen que, entre otras cosas, era herético, fiscalmente traicionero, y además opresivo” (Noble, 1984). Respecto a lo mismo, Rojas Donat señala que la posición del pontífice era inestable, pues no pudiendo aceptar la política iconoclasta de León III, no era tampoco una opción romper definitivamente con el exarcado, pues ello supondría convertir el papado en un mero obispado bajo mandato del rey lombardo Liutprando. Así pues, continúa señalando el autor:

*“El restablecimiento de un mínimo de equilibrio de poderes en el centro de Italia, —necesidad imperiosa que le permitiría tener un espacio para moverse políticamente— pasaba necesariamente por la existencia del exarcado, y aunque ello resulte paradójico, Gregorio II se dispone a defenderlo” (Rojas Donat, 2006).*

Tomando en cuenta ambos planteamientos, consideramos asertivo lo dicho por Luis Rojas Donat, puesto que a nuestro juicio Gregorio II no solo estaba pidiendo ayuda al imperio, sino que en última instancia también formaba parte de este, constituyendo tal sentido de pertenencia una de las motivaciones para continuar fiel al exarcado.

En suma, la situación mandaba que el papa se convirtiera en el principal articulador del poder imperial en Italia central, principalmente en el ducado de Roma, donde dicha labor no estaba ligada a una lealtad hacia León III, como un emperador en particular, sino que al imperio en general. Durante la crisis producto de la retención de impuestos hacia el 723 y el problema de la destrucción de imágenes el 727, recordemos que los habitantes de Italia quisieron nombrar otro emperador, plan desbaratado por el propio Gregorio II, pues “esperaba por la conversión del príncipe” (LP,91,17). Si recordamos que según Mckiterick, en las narraciones del *liber pontificalis* de esta época se solía tener al imperio como un rival (Mckiterick, 2016), resulta relevante que el narrador haya mencionado esta acción del papa, puesto que era un dato que pudo resultar incómodo para sus intenciones, dada dicha tendencia contraria al imperio que se estaba desarrollando en los compiladores. Algo había en la vocación de estos pontífices que no era compartido por la elite del momento que apoyaba profundamente a los papas. El punto que mejor puede explicar esta diferencia es la posición frente al imperio, pues mientras los italianos en general querían —probablemente— separarse de su control, con seguridad los papas deseaban seguir siendo leales al imperio, tanto por motivos prácticos ligados a la seguridad que significaba el exarcado frente a los lombardos, como por un sentido de unidad imperial, en parte asociada al origen y cultura griega de estos obispos romanos.

Resulta que las intervenciones de los pontífices en favor del imperio no fueron hechos aislados en la Italia de la segunda mitad del siglo VIII. Por ejemplo, el papa Juan VI (701-705) apaciguó las revueltas producto de la llegada desde Sicilia del nuevo exarca Teofilacto (702-710), velando por

la seguridad del funcionario imperial (LP,87,1). Casi en seguida, el duque Gisulf I de Benevento invadió Campania, constituyendo esto una crisis que nuevamente fue gestionada por el papa, quien envía sacerdotes con regalos para persuadir a los lombardos de regresar a su territorio (LP.87,2). Pareciera que esto último responde, en primera instancia, a los intereses propios de Juan VI con la comunidad local, siendo probablemente cierto en gran medida. Sin embargo, es necesario considerar la defensa hacia el exarca como antecedente, donde hay una colaboración directa en mantener el poder imperial y una oposición a los intereses locales, sin la cual es probable que Teofilacto no hubiera podido ejercer sus funciones. Considerando esto, creemos que también estaba presente dicho interés imperial en el enfrentamiento a los lombardos de Gisulf, puesto que, además de las repercusiones para la población italiana, estaba en peligro la integridad territorial del imperio (dado que el ducado de Roma era parte de este), constituyendo esta una razón para que el pontífice tome cartas en el asunto. La tendencia se repite después del conflicto iconoclasta. El mismo Gregorio II apoyó al exarca enviando al ejército y dignatarios eclesiásticos ante la usurpación de un tal Tiberio, llamado Petasio, quien causó problemas al funcionario imperial (LP.91,23). Adelantándonos a la época del papa Zacarías (741-752), nos encontramos con el peligro en que se encontraba el exarcado ante las acechanzas de Liutprando hacia el 741.742, ocasión en que el exarca Eutiquio pide ayuda al pontífice (LP.93,12). En dicha oportunidad, Eutiquio junto al arzobispo de Rávena salen a recibir al papa en las afueras de la ciudad, algo que como bien nota Noble, era contrario a lo que indicaba el protocolo imperial (Noble, 1984). Sin embargo, esto es solo un detalle si consideramos que Zacarías termina adentrándose en territorio lombardo, con todos los peligros que ello significaba en un contexto en que las relaciones con dicho reino no eran buenas, solicitando la devolución de los territorios conquistados (LP.93,15). Así pues, el papa por convicción actúa como un diplomático del imperio, colaborando en mantener el tenue poder imperial que aún quedaba, lo cual era su deber dada la imposibilidad



de la autoridad de Constantinopla de intervenir directamente y al llamado de su representante directo en Italia.

Ahora bien, la figura institucional del papa presentaba posibilidades y desafíos al imperio. Dentro de los beneficios nos encontramos con el arraigo en la élite local, lo que permitía a estos mismos ordenar el exarcado si la situación así lo requería. Por otra parte, dado que eran vistos por los lombardos como funcionarios imperiales, tenían la posibilidad de actuar como diplomáticos en conflictos ocurridos con este pueblo, más aún cuando hacia el siglo VIII se convirtieron al catolicismo. En cuanto a los desafíos, existía la posibilidad de que el papa efectivamente comenzara una separación del imperio apoyándose en el recién convertido reino lombardo, modificando de esta forma la tendencia de sus movimientos dentro de las relaciones de poder en la península itálica. En este sentido, el acercamiento del papa a los francos ciertamente complicaba la situación, sobre todo si es que llegó a existir alguna intención de recuperar el exarcado tras su caída en el 751. Sin embargo, es necesario estudiar con cuidado el significado histórico del acuerdo celebrado entre Pipino y el papa Esteban IV en el 754. Respecto a este tema, el historiador Franco Pierini en una compilación de la Historia de la Iglesia describe los acontecimientos de la siguiente forma: “Firmaron un acuerdo (*promissio carisiaca*) por el que el rey era reconocido como Patricio de los romanos, y al papa se le prometía la restitución de los territorios imperiales ocupados en Italia por los lombardos del rey Astolfo” (Pierini, 2005). En este sentido, si analizamos las implicancias del título “Patricio de los romanos” nos podemos percatar que se estaba intentando llenar el vacío de poder generado por la caída en Italia del exarcado y, en última instancia, del auténtico Imperio romano con capital en Constantinopla<sup>6</sup>, del cual los

---

<sup>6</sup> Esta postura toma aún más fuerza al considerar la coronación imperial de Carlomagno en el año 800.



pontífices anteriores no solo formaron parte, sino que también trabajaron intencionadamente en mantener su poder. En la misma línea, irónicamente el apego irrestricto de los pontífices a la fe ortodoxa era problemático para la administración de Constantinopla, puesto que por distintas vicisitudes los emperadores desarrollaron visiones diferentes respecto al tema. Sin embargo, como bien menciona Ekonomou esto no era suficiente para causar una separación (Ekonomou, 2000), por lo que hay que entender episodios como la anatemización del exarca Pablo (LP.91,17) con cierta cautela respecto a sus consecuencias políticas.

Por otro lado, tal era la importancia del papa en la articulación del poder imperial en Italia central, que su figura eclipsó incluso al exarca. Según lo expuesto por Lopez-Jantzen, hacia la década del 740 este fue marginado de la política italiana (López-Jantzen, 2012). En dicho escenario, Noble nota que en una serie de encuentros que mantuvo el papa Zacarías con el rey Liutprando en el 740 no había ningún representante imperial y había logrado cerrar acuerdos en nombre propio (Noble, 1984). Sin embargo, como bien lo muestra la reunión que posteriormente tuvo el pontífice con el exarca producto de la conquista lombarda de Cesena, el papa había actuado como diplomático del imperio, por lo que hay que entender las reuniones a las que alude Noble como otro ejemplo en que se cumplen labores relacionadas con el ámbito local, las cuales no eran incompatibles con la lealtad a Constantinopla. Lo que sucede en la práctica es que *de facto* es el papa quien debe mantener el poder del imperio sin separarse del mismo, dada la debilidad del representante directo del emperador en ese momento.

Esto que podríamos llamar intercambio de funciones no era excluyente del caso anterior. Ya habíamos señalado, por ejemplo, al exarca Teofilacto, quien logra cumplir sus funciones gracias al papa Juan VI. Por otro lado, durante la llamada revuelta italiana de la época de Gregorio II, no tenemos registro de órdenes del emperador para hacer cumplir la destrucción de las imágenes, lo cual de todas maneras es entendible dado que es un asunto esencialmente doctrinal. Sin embargo, como vimos en reiteradas ocasiones

fue el papa quien logró impedir que los italianos nombren su emperador, demostrando la incompetencia del exarca ante este desafío (LP.91,18). Si bien, es cierto que el papa comienza a ejercer funciones que nominalmente correspondían a Rávena, esto no debe entenderse como una independización, puesto que en la práctica el papa muestra un profundo interés por no terminar con el exarcado. A juicio de Noble, el papa comienza por estas fechas a actuar como aliado del imperio y no como subordinado (Noble, 1984), lo que consideramos un error a la luz de los episodios que hemos analizado. Es más, la debilidad del imperio manifestada en la presencia de usurpadores no era un tema propio del exarcado, como ejemplo, por estas fechas Nicéforo registra un intento de usurpación de un tal Artemio en la zona de Tracia (Nicéforo, Hist,57), por lo cual no es adecuado considerar los problemas ocurridos en Italia como un caso especial.

## **Conclusiones**

En el presente estudio hemos demostrado que los papas de la segunda mitad del siglo VIII se transformaron, debido a las circunstancias, en los principales articuladores de la autoridad del imperio romano oriental en Italia. En este sentido, reconocemos el tremendo aporte historiográfico de obras como la de Thomas Noble, sin embargo, creemos que no es posible afirmar que antes del año 751 (fecha de la conquista del exarcado en manos de los lombardos) el papa independizó Italia central del resto del imperio. En suma, a pesar de las profundas diferencias con la administración de Constantinopla, distintos pontífices continuaron actuando en concordancia con los funcionarios imperiales. A pesar de esto, claramente los problemas existieron y la figura de distintos pontífices causó recelo en los emperadores, quienes en más de una ocasión intentaron recurrir al asesinato (LP.91,18). Esta situación lo que demuestra es un desconocimiento por

parte de los soberanos de las posibilidades que los pontífices otorgaban para la proyección de su poder en Italia, posibilidades que de hecho fueron puestas en práctica por vicisitudes del propio exarcado, como la debilidad de los exarcas y lealtad de los papas, y no por políticas dirigidas desde Constantinopla para articular su autoridad en Italia alrededor de la figura del pontífice. Así pues, dada la extensión del presente trabajo, no pudimos profundizar en otras variables importantes, como el acercamiento de los papas a los carolingios, donde consideramos una perspectiva riquísima considerar a los francos dentro de esta ecuación, sobre lo cual se ha escrito bastante, pero pareciera que nunca es suficiente. En suma, creemos apropiado que quien quiera abordar el tema desde esta perspectiva pueda tomar en cuenta nuestro aporte, pues aparentemente nadie ha puesto énfasis suficiente en considerar que estos pontífices actuaban en función de la autoridad imperial en vez de figuras independientes dentro de la política italiana.

## Fuentes

- Nicéforo. (1990). *Nikephoros, patriarch of Constantinople short history*, En Cyril Mango (Trad). Washington: Dumbarton Oaks.
- Pablo Diácono. (2006). *Historia de los longobardos*, En Pedro Herrera Roldán (Trad). Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Teófanos el confesor. (1997). *The chronicle of Teophanes the confessor*, En Cyril Mango y Roger Scott (Trad). Oxford: Oxford University Press.
- (2010). *The book of pontiffs (Liber pontificalis): the ancient biographies of the first ninety roman bishops to AD 715*, En Raymond Davis (Trad). Liverpool: Liverpool University Press.

## Referencias bibliográficas

- Antonopoulos, P. (2012). Emperor Constans II' intervention in Italy and its ideological significance, En Johannes Koder y Ionannis Stouraitis (eds), *Byzantine war ideology, between roman imperial concept and Christian religion* (27-31). Viena: Austrian Academy of sciences press.
- Balmaceda, C. (2013). Historiografía cristiana, en Aurell, Balmaceda, Burke y Soza (Comp), *Comprender el pasado: una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal,
- Brown, T.S. (1984). *Gentlemen and officers: imperial administration and aristocratic power in the byzantine Italy, 554-800*. Cambridge: British school at Rome.
- Dagron, G. (2007). *Emperador y sacerdote: estudio sobre el "cesaropapismo" bizantino*. Granada: Universidad de Granada.
- Ekonomou, A. (2000). *Byzantium on the palatine: eastern influences on Rome and the papacy, 590-572*. Atlanta: Emory University.
- Grafova, M. (2016). Constantinople of emperors and Rome of popes in the 6th-8th centuries: dialogue and separation: *Procedia social sciences*, 236, 327-332.
- Grant, R. (1997). *Liutprand and the lombards: intruders in their Italian homeland*. Atlanta: Emory University.
- Hallembek, J. (1982), Pavia and Rome: the Lombard monarchy and the papacy in the eight century: *Transactions of the American philosophical society*, 72(4), 1-186.

- Humphreys, M. (2015). *Law, power and imperial ideology in the iconoclast era, 680-850*. Oxford: Oxford University Press.
- Izbedski, A. (2012). Bishops in late antique Italy: social importance vs political power: *Phoenix*, 66(½), 158-175.
- Haldon, John. (2011). The End of Rome? The Transformation of the Eastern Empire in the Seventh and Eighth centuries CE. *The Roman Empire in Context: Historical and Comparative Perspectives*, 199-228.
- Harry Miller, D. (1969). Papal-Lombard relations during the pontificate of Paul I: the attainment of an equilibrium of power in Italy, 756.757: *The catholic historical review*, 55(3), 358-376.
- Laboa, J. M., Pierini, F., & Zagheni, G. (2005). *Historia de la Iglesia : Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, y la Iglesia en España*. San Pablo.
- López-Jantzen, N. (2012). From the Roman empire to the middle ages: the struggle for Ravenna in the eight century. New York. Fordham University.
- Mckitterick, R. (2016). The papacy and Byzantium in the seventh-and early-century sections of the liber pontificalis: *Papers of the British school at Rome*, 84, 241-273.
- Mellen, R. (2009). *The papacy at the crossroads: byzantine influence in the church of Rome, 795-824*. tesis de maestría. California state Domínguez hills.
- Noble, T. (1984). *The republic of St. Peter: the birth of the papal state, 680-825*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Ortemberg, V. The church of Ravenna, Constantinople and Rome in the seventh century, En Judith Henrrin y Jinty Nelson (eds), *Ravenna* (199-210). Londres: University of London Press.
- Riché, P. (1983). *Les Carolingiens: une famille qui fit l'Europe*.
- Rojas-Donat, L. (2006). *Orígenes históricos del papado*. Concepción: Ediciones Universidad del Bio-Bio.
- Soto, R. (2013). Cristianismo y teoría política bizantina: *Byzantion nea hellás*, 32, 207-224.
- Treadgold, W. (1997). *A history of the Byzantine state and society*. Stanford University Press.